

LA CULTURA NACIONAL: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

RAMONINA BREA

Uno de los elementos básicos del Estado moderno como relación de dominación lo constituye la unificación de la sociedad bajo la forma de nación.

La nación como "comunidad de cultura" y "comunidad de destino" es una de las modalidades legitimadoras que asume la dominación capitalista. Lo cual implica una visión de la cultura y un conjunto de organizaciones, de discursos, de símbolos que, entre otros aspectos, logren constituir, proyectar e internalizar una unidad nacional y cultural.

En ese sentido se ha desarrollado, en el transcurso de nuestra historia, una actividad discursiva y organizativa destinada a delimitar y fundamentar los nexos y el "sentido" de esa "comunidad cultural y de destino" que caracterizarían a la nación dominicana. Esta actividad está signada por una relación de encuentros y desencuentros en torno a la "identidad cultural". Estos encuentros y desencuentros testimonian las dificultades que han tenido la burguesía y sus intelectuales para recomponer los intereses fragmentados y dispersos, las

Ponencia en el Seminario sobre "La Penetración Cultural". INTEC, julio 1984.

segmentaciones regionales, la diversidad de elementos culturales, entre otros aspectos, en una colectividad en la que se sientan implicados los sectores populares a través de una integración-subordinación.

En las reflexiones que siguen nos proponemos hacer algunas puntualizaciones sobre la manera en que han sido concebidas las características de la nación como "comunidad cultural" y sus nexos con el Estado.

I

La manera en que se realizó en la República Dominicana la unificación de la sociedad en su relación con la unificación y centralización del poder permite trazar rápidamente algunos rasgos propios de la vinculación Estado-nación-cultura.

La centralización del poder que se realizó en Santo Domingo fue el resultado de una centralización administrativa que como tal ponía más énfasis en la unificación de ciertos aparatos estatales que en la unificación, integración y participación de los diversos sectores en torno a los aparatos estatales. La centralización administrativa al igual que la unificación de la sociedad fueron impulsadas por un elemento exterior: la intervención del Estado norteamericano bajo la modalidad de la Ocupación militar de 1916-1924. Estas características, entre otras, se traducen en dificultades extremas para recomponer los diversos sectores sociales en la unidad pueblo-nación de manera tal que sea reconocida en una "comunidad cultural".

Por otra parte, la unificación relativa y precaria de la burguesía que se realiza a través de un modo autoritario de unificación de clase imprime rasgos fundamentales a las vinculaciones de las clases dominantes con los sectores populares. Este modo autoritario de unificación de clase repercutió en la profundización de una tendencia ya existente. Dicha tendencia consistía en que la unificación y reorganización de la sociedad postulada por la burguesía y otros sectores rechazara toda participación popular que no fuera marginal.¹

Además, se había verificado una prolongación de "categorías de

¹ Para el desarrollo de las ideas anteriores véase mi libro *La formación del Estado capitalista en la República Dominicana y Haití*. Santo Domingo: Ed. Taller, 1983.

intelectuales preexistentes y que hasta parecían representar una continuidad histórica ininterrumpida".² Estas categorías de intelectuales tradicionales, como el clero entre otras, habían logrado oponer una resistencia a ciertas directrices de los intelectuales positivistas. De esto es emblemático el enfrentamiento y los resultados del mismo entre Hostos y Meriño. Así, muy a pesar de los positivistas, no se produjeron las capas de intelectuales modernos capaces de introducir una transformación y reorganización profunda en torno a la vida política y cultural. Los intelectuales no se propusieron asimilar y recomponer las características culturales locales, regionales (en vías de desarticulación por el desarrollo del capitalismo) y reorganizarlas en torno a una cultura de carácter nacional. Ellos estuvieron más inclinados a incentivar la disolución de esos rasgos culturales (lo cual es una manera de rechazar la participación e integración popular) que en asimilarlos y recomponerlos en una unificación cultural como referencia esencial de la unidad nacional.

Esta problemática del Estado, la nación, la cultura y el pueblo dominicanos a principios de siglo está registrada de manera contradictoria, aunque no exenta de cierta agudeza, en la obra de Américo Lugo.

En efecto, está registrada de manera contradictoria porque Lugo va a trabajar, como veremos más adelante, dos visiones diferentes en torno a la nación y a la cultura dominicanas.

Antes de la Ocupación americana Lugo plantea la inexistencia de la nación dominicana: "de la lección atenta de la historia se deduce que el pueblo dominicano no constituye una nación. Es ciertamente una comunidad espiritual unida por la lengua, las costumbres y otros lazos; pero su falta de cultura (política, RB) no le permite el desenvolvimiento político necesario a todo pueblo para convertirse en nación".³ Por consiguiente, él plantea como necesidad urgente la unidad pueblo-nación⁴ y la búsqueda y constitución de una conciencia nacional sedimentada en el establecimiento y organización de valores

2

A. Gramsci, "La formación de los intelectuales". En: M. Sacristan. *Antología*. Madrid: Siglo XXI, 1974, p. 389.

3

"El Estado dominicano". En: V. Alfau (comp.), *Américo Lugo. Antología*. Ciudad Trujillo: Lib. Dominicana, 1949, p. 40.

4

Véase mi libro citado anteriormente.

culturales propios: "¿qué sería entre nosotros que no tenemos pasado propio, ni grandes tradiciones, ni instituciones venerables; entre nosotros, que no somos dominicanos todavía (...); entre nosotros, que ni siquiera sabemos qué es ser dominicanos, porque no conocemos nuestra historia, ni nuestro territorio, ni tenemos formada conciencia nacional...?"⁵

Lugo propone, a partir de esa búsqueda, una reorientación en la formación de los intelectuales que dé al traste con el intelectual tradicional; esto es, que él plantea la idea hostosiana de creación de una escuela basada en el espíritu científico, la experimentación y la nacionalización de la enseñanza. Propone pues, la instauración de un aparato hegemónico cultural que asegure -a través de los valores culturales propios- la formación de dominicanos, es decir, la formación de la conciencia del pueblo de que constituye una unidad y una comunidad.

Estas y otras reflexiones de Lugo se inscriben en la formulación de un proyecto hegemónico de reordenación de la actividad política y cultural. A partir de una crítica de las facciones existentes, este proyecto apunta a que la formación de la voluntad estatal se instituya a través de la participación democrática de los intereses de los diversos sectores organizados en partido. Lugo manifiesta esta posición de reorganización cuando dice que luego de la fundación de un partido político moderno "lo que sigue sería la acción racional de dicho partido en pro de la conversión del actual Estado nacional dominicano de mera representación de intereses de fracciones populares en persona nacional".⁶ Así, en la proposición de Lugo, el pueblo-nación (comunidad cultural y unidad de acción) y el pueblo-partido constituyen mediaciones de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Además de que este proyecto de reorganización no se concretizó en lo inmediato, Lugo abandonaría muchas de las ideas anteriores, muy especialmente las relativas a la cultura y a la nación dominicanas. En este sentido, la nueva posición de Lugo consistió en que la nacionalidad dominicana estaría fuertemente afirmada y se caracterizaría por elementos tales como la lengua, la religión, las costumbres, la

5

"La educación del pueblo". En: V. Alfau (comp.), *Américo Lugo. Antología*. Ciudad Trujillo: Lib. Dominicana, 1949, p. 40.

6

Carta a Horacio Vásquez del 20 de enero de 1916. En: J. J. Julia, *Antología de Américo Lugo*, cit., t. II, p. 127.

la herencia, las tradiciones españolas.⁷ Con lo cual este intelectual se reorientaría hacia la reactualización de una constante arraigada en los intelectuales tradicionales: el hispanismo como fundamento de la nación dominicana.

II

Los intelectuales, en tanto suscitadores de una conciencia de la clase a la que están ligados y en tanto organizadores del consentimiento activo o pasivo y como organizadores de la coerción y de la vida económica, juegan un papel de primera importancia. En el régimen de Trujillo se verificaron diferentes formas de aglutinación de intelectuales entre las cuales se encuentran: a) el transformismo que tuvo, por cierto, pocas dimensiones puesto que se trataba de una sociedad civil en donde los sectores sociales estaban escasamente organizados; b) la absorción de la pequeña burguesía rural y urbana a los burócratas y organizadores de la vida cultural; c) la formación de nuevos intelectuales; y, d) la integración de los intelectuales tradicionales, de los temas y prácticas institucionales de los mismos.

En la labor de dotar de una unidad y coherencia ideológicas a las formas de dominación (no solamente a los discursos sino a las prácticas políticas y culturales), la integración de los intelectuales tradicionales y de las visiones de éstos, adquirió una presencia notable. La reelaboración discursiva y organizativa en torno a la nación y a la cultura como formas mediadoras de la relación Estado-sociedad registró la incidencia de las visiones y de los intelectuales tradicionales. Hasta tal punto que Cassá señala que "lo importante en este sentido es el hecho de que la reorientación encarnada en la figura de Lugo sería posiblemente el punto inicial más destacado en las manifestaciones racistas e hispanistas durante la Era de Trujillo".⁸

Quedaba completamente desestimado el proyecto de legitimación que en un primer momento esbozara Lugo, el cual implicaba la búsqueda de una conciencia de la identidad cultural y la unidad de acción del pueblo organizado en partidos.

⁷ Véase "Debemos defender nuestra Patria". En: V. Alfau, *Américo Lugo. Antología*, cit., pp. 70-71. Véase también "Discurso de la Raza". En: J.J. Julia, *Antología de Américo Lugo*, cit., t.I, p. 120.

⁸

"El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana". *Ciencia*, III(1): 73, enero-marzo 1976.

Con la asunción del hispanismo la identidad cultural del pueblo dominicano ya estaba dada. La nación se funda en una unidad de raza, lengua, religión y cultura españolas. Unidad excluyente a través de la cual se desestiman apriorísticamente los rasgos culturales populares y que en lugar de concebir la cultura como un proceso la considera como una reliquia viviente. Unidad totalitaria que apela a la liquidación de todo elemento cultural, racial, religioso u otro que se diferenciara de ella. Unidad totalitaria, aún más, en su contraposición a otras naciones y culturas cuyo contacto era considerado como una penetración cultural, "racial" o religiosa degradante de la naturaleza del pueblo dominicano. En todo caso, invocación a la fuerza para el restablecimiento de la unidad-totalidad.⁹

En esta concepción la historia de la nación dominicana es la historia de la realización de su esencia. La esencia de la nación dominicana es la hispanidad, la cual remite a una unidad de raza, cultura, lengua y religión. La hispanidad, en tanto modo de ser español, comunidad de vida y de cultura, conjuga valores morales, personales, espirituales tradicionales. Ella se ha universalizado y ha englobado a los más diversos pueblos del Nuevo Mundo y, muy especialmente, al de la República Dominicana. Esta concepción se nutre de J.G.Herder, para quien la nación es un conjunto cultural, o más precisamente es el pueblo en su unidad cultural. La marcha de la historia atestiguaría cómo este pueblo habría sabido conservar su identidad cultural.

En esta concepción se encuentran dos niveles del principio teológico. La forma de concebir la historia y la manera de interpretar esa historia. Desde los tiempos del Descubrimiento ésta habría sido una tierra elegida para cumplir una misión y existirían momentos de la realización de este fin. Esta inscrita, pues, una doble marca ideológica que incide en el desarrollo de una serie de mecanismos en la idea de nación: el reduccionismo, el maniqueísmo y la elaboración de una *unidad*.

La historia es, pues, concebida sin rupturas, como una especie de linealidad en torno a una idea que se realiza a través de etapas.

9

"Si nos ponemos a considerar ahora el arraigo creciente que va tomando en nuestros medios bajos de la población el ejercicio de la monstruosa práctica fetichista del vaudou, caeremos en la cuenta de que si no actuamos con mano dura y ánimo fuerte, llegará el momento en que el mal será irremediable entre nosotros". M. A. Peña Batlle, "Discurso de Elías Piña" del 16 de noviembre de 1942, *El Sol*, 7 de mayo de 1981, p. 17.

Para los expositores peninsulares de la hispanidad los momentos de este proceso son: 1) el proceso de hispanización o preparación; 2) la afirmación hispánica o destino histórico de preservar la cultura cristiana; 3) la expansión del hispanismo; y, 4) la reafirmación hispánica.¹⁰

Por su parte, los intelectuales organizadores de esta visión de nación y de cultura en la República Dominicana realizan, de idéntica manera, una interpretación de la historia. Esta homología consigna que la primera etapa de preparación tendría alrededor de tres siglos de duración: "es pues cosa no discutida -escribe Peña Batlle- la constatación de nuestras formas sociales con las formas hispánicas. Nosotros no podríamos ser otra cosa que aquélla, ni podríamos conducirnos sino de conformidad con nuestra idiosincrasia, madura ya en 1795 por tres siglos y tres años de evolución".¹¹

Dos episodios bastarían para ilustrar la segunda etapa de afirmación hispánica, esto es, de preservación de la identidad cultural, del modo de ser propio de la tradición. El episodio ocurrido a raíz del Tratado de Basilea y el que se desarrolla durante la ocupación haitiana.¹² Mientras que la tercera etapa de la hispanidad habría sido posibilitada precozmente, ya que esta tierra había sido asiento y puente de órdenes religiosas que cristianizaron y civilizaron otras regiones.¹³

El cuarto período enunciado como el de la reafirmación hispánica proclama el encierro en sí mismo del ideal hispánico, además de su lucha sorda contra las nuevas formas ateas, deshumanizantes y desnaturadoras del estilo de ser nacional. Entre estas formas de vida, la España eterna sostendría en este siglo una gran contienda con el comunismo. Este tema es retomado por Trujillo: "en nuestra asociación

¹⁰

Véase M. García Morente, *Idea de la hispanidad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1961.

¹¹

El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo Español. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1952, p.16.

¹²

Ibid., p. 36.

¹³

Véase Joaquín Balaguer, *Discursos. Temas históricos y literarios*, Santo Domingo, Barcelona: Sirvensae, 1973. p. 239.

Íntima con España, fuente de donde brotan energías espirituales y el vigor inexhausto que nos permitieran construir un bloque invulnerable a toda infiltración foránea, reside no sólo nuestra propia salvación sino también, en parte esencialísima, la de todo el Occidente cristiano. De ahí la necesidad de que no haya en ese frente fisuras por donde pueda infiltrarse el comunismo...¹⁴

Además de esta concepción lineal de la historia, una de las ideas animadoras de semejante visión de la nación es el providencialismo. La Providencia asiste a todos los actos de la historia nacional: "la mano del Hado que dirige los hilos invisibles del destino de nuestro país no es sólo palpable en estos primeros episodios (a raíz del Descubrimiento, RB), punto de partida de nuestro ser nacional, sino en toda la historia dominicana".¹⁵ Visión religiosa y teleológica de la nación dominicana que excluye de la historia la dimensión política como ámbito de lo profano: la acción política del pueblo y su participación en torno a derechos no constituyen el fundamento de la vida de la nación.

El pueblo dominicano en su unidad cultural (la cual constituye precisamente la nación) es un *pueblo elegido* para realizar la misión de mantener viva la civilización cristiana que está contenida en la hispanidad. Esta misión enardecida por los avatares de invasiones, errores, etc., es acometida en oposición a valores culturales, políticos o nacionalidades antagónicos. Unas veces es concebida como una oposición entre la Razón y el humanismo cristiano¹⁶ que se materializaría históricamente con el Tratado de Basilea. Efectivamente, como señala Peña Batlle, se intentaba con este tratado culminar un proceso de desnacionalización que implicaba un "desplazamiento del humanismo cristiano por el materialismo ateo de la Enciclopedia".¹⁷ En otras ocasiones era concebida como oposición entre lo dominicano y lo haitiano.

14

R. L. Trujillo. "La España Eterna". En: J. Balaguer, *El pensamiento vivo de Trujillo, 25 Años de Historia Dominicana*. Ciudad Trujillo: Imp. Dominicana, 1955, t.I, p. 269.

15

J. Balaguer. *Discursos*, cit., p. 255. Véase también en la misma obra la p. 211.

16

Ibid., pp. 292-293.

17

El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español, cit., p. 16.

La unidad nacional y el destino que la nación dominicana estaba llamada a cumplir se efectuaba en torno a una predeterminada visión cultural y una concepción religiosa y moral. Por otra parte, el momento de la independencia estaría signado por un dilema crucial: "o íbamos a la liberación y a la República arrojando, a sabiendas, las dificultades que engendraría necesariamente la falta de preparación para el pleno ejercicio de la democracia, o nos resignábamos a perder nuestra cultura tradicional".¹⁸ La falta parcial de preparación se enunciaba como la carencia "de muchos de aquellos elementos de que era preciso disponer para la integración de una adecuada conciencia nacional y para la organización de un Estado que fuera la verdadera expresión jurídica de la nueva nacionalidad".¹⁹

Tanto la visión religiosa y moral del destino de la nación dominicana como la creencia de falta de madurez política²⁰ para constituir una conciencia nacional descartan la acción del pueblo como elemento central de la realidad nacional. En este caso, la Providencia señala a una Persona capaz de unificar y reorganizar las fuerzas vitales de la nación y lograr así enrumbarla por los caminos de su destino grandioso. La concepción de la nación-cultura implica aquí una forma de legitimación de una figura autoritaria encarnada en Trujillo. En este sentido, el modo autoritario de unificación de la burguesía tuvo una continuidad en las formas autoritarias de expansión de esa clase en el conjunto de la sociedad.

Con este breve trabajo hemos querido iniciar, aunque centrado en un período relativamente corto y analizando unos cuantos discursos, una discusión acerca de las dificultades y las contradicciones que plantea al estudioso del Estado la problemática de su constitución unida dialécticamente a la nación, al pueblo y a la cultura. Temática por lo general olvidada en su interrelación por los discursos contemporáneos, los cuales muchas veces se contentan con estudiar separadamente lo que va indisolublemente ligado. De aquí la importancia de una retoma más amplia de este problema, del cual esperamos que este trabajo sea sólo el comienzo.

18

R. L. Trujillo. "Ante el Altar de la Patria". En: J. Balaguer. *El pensamiento vivo de Trujillo*, cit., p. 104.

19

Ibid., p. 103.

20

Peña Batlle trabaja la cuestión de la falta de madurez a la hora de la constitución de una nación independiente, *ob.cit.*, p. 17.